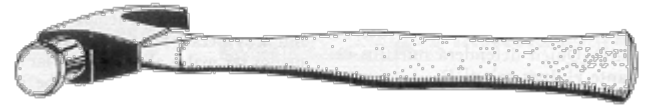


# LA DESOBEDIENCIA DE JERÓNIMO

Por *David Wood*

Había caído la primera nevada del invierno, y Jerónimo necesitaba algo para abrir caminos en la nieve, para sus camiones. Por un rato usó su palita amarilla de plástico. ¡De pronto se le ocurrió una idea! ;Arrastraría el martillo del papá por la nieve. Eso abriría un buen camino.



Cuando la mamá lo llamó para la cena, se olvidó completamente del martillo, y lo dejó en la nieve donde había estado jugando.

Lo primero que recordó al despertarse a la mañana fue el martillo del papá. "Oh -dijo sentándose en la cama-, a papá no le gustará si encuentra el martillo afuera. Si uso sus herramientas siempre quiere que las guarde". Entonces recordó también que el papá le había pedido que no usara el martillo porque podía lastimarse.

Jerónimo saltó de la cama y se vistió apresuradamente. "Buscaré el martillo y lo guardaré antes de que papá se levante y descubra que lo dejé afuera".

El martillo estaba sobre el tronco donde él lo había dejado. Trató de levantarlo. No pudo. Estaba pegado al tronco. Recordó que el papá le había dicho que el martillo no era un juguete.

"Bueno, realmente yo no jugué con él", dijo Jerónimo levantando por fin el martillo que estaba cubierto de escarcha, y cuyas aristas brillaban a la luz del sol como diamantes. Jerónimo tocó la cabeza del martillo. La sintió fría y seca. Los cristales de hielo quedaron intactos aún bajo la presión de sus dedos calientes. "El martillo está limpio -pensó Jerónimo-. Será divertido sacar la escarcha con la lengua. Debe ser como lamer un cubito de hielo". Jerónimo recordó que cuando lo habían operado de las amígdalas el médico le había permitido chupar pedacitos de hielo.

Miró el martillo y lo levantó hasta la boca. Tan pronto como le hubiera lamido la escarcha lo guardaría y nadie se enteraría de lo ocurrido.

Jerónimo lamió el martillo. El frío pareció quemarle la lengua. Se asustó y trató de retirarla, pero no pudo. La lengua se le había quedado firmemente pegada al martillo.

¿Y qué ocurrirá si nunca puedo despegarla?" pensó Jerónimo y comenzó a llorar, al mismo tiempo que corría hacia la casa, sosteniendo el martillo en alto, a la altura de la boca. "¿Y si el doctor tampoco puede ayudarme?" Trató entonces de llamar al papá, pero sólo logró hacer un sonido muy raro.

Cuando Jerónimo entró en la cocina, el papá, que estaba allí, se dio cuenta en seguida de lo que le había ocurrido a su hijo. Sin perder tiempo se acercó a la llave y sacó un vaso de agua tibia, y luego la derramó poco a poco sobre la lengua de Jerónimo y sobre el martillo. Antes de mucho el martillo se despegó, pero se llevó consigo parte de la piel de la lengua de Jerónimo. Entre sollozos, Jerónimo le contó al papá toda la historia.

-Yo no lo saqué para martillar, porque sabía que podía lastimarme.

-Jerónimo, a veces las cosas pueden resultar peligrosas en una forma diferente de lo que pensamos -le dijo bondadosamente el papá-. No te castigaré por haber desobedecido porque creo que has aprendido la lección de que, la desobediencia y el descuido pueden lastimar de muchas maneras.

Enjugando las lágrimas che Jerónimo, el papá continuó:

-La desobediencia es pecado. No solamente es una falta de respeto hacia mamá y hacia mí, sino que al obrar así nos dices que no confías en nosotros. Cuando usaste el martillo nos estabas diciendo que no creías en lo que te habíamos dicho. Y si no crees en lo que nosotros te decimos, tampoco crees en Jesús, porque él dice que los padres deben ser obedecidos.

-Oh papá, -comenzó a llorar de nuevo Jerónimo-. Lo siento. Me alegro porque estabas aquí para ayudarme. Quiero que mamá y Jesús también me perdonen.

Ese día Jerónimo aprendió una lección importante.

